

diencia á un rey hereje» (1). Con su presencia en París, el legado dió la consagración del Pontificado á todos los crímenes que se cometieron en nombre del catolicismo. Si hay algún nombre declarado infame, es el de los *Diez y seis*; pues bien, el Santo Padre envió su bendición apostólica á sus queridos hijos los *Diez y seis*, y les exhortó «*á perseverar constantemente*», después de haber empezado «*de una manera tan buena y tan digna de alabanza*»; les señaló al mismo tiempo socorros pecuniarios, «*y áun superiores á lo que sus medios y sus cofres permitían*» (2). Había en Francia católicos sinceros que se negaron á asociarse á un partido cuyas armas eran la sedición y la muerte. En esta división de los fieles, ¿por cuáles se decidió el Papa? El Papa dijo al duque de Nevers: «*Los católicos que han seguido el partido de Enrique IV no son más que hijos bastardos de la esclava, y LOS DE LA LIGA SON LOS VERDADEROS HIJOS LEGÍTIMOS, LOS VERDADEROS BOTARELES, Y HASTA LAS VERDADERAS COLUMNAS DE LA RELIGION CATÓLICA.*» Durante el curso de la negociación para la reconciliación de Enrique IV, el Papa no cesó de tolerar á los de la Liga, los súbditos sublevados, criminales, y «*aprobó todos sus actos*» (3). ¿Se dirá todavía que la Iglesia no tiene nada de comun con la Liga? Hay un acto más sangriento, una mancha más negra de la que en vano tratan los católicos de lavar la Iglesia: ella, su fanatismo, son quien ha cambiado en fieras á los hombres en la noche funesta de San Bartolomé.

#### § IV.—La noche de San Bartolomé.

##### I.

Uno de nuestros grandes historiadores dice, hablando de la noche de San Bartolomé, que no hay nación cuyos anales registren

(1) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 84.

(2) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 223.

(3) *Memorias del Duque de NEVERS*, t. II, p. 414.—PALMA CAYET, en PETITOT, t. XLII, p. 49.

un ejemplo de crueldad parecida (1). A decir verdad, los Franceses no fueron más que el instrumento de la Iglesia en aquella noche fatal; la historia no debe perseguir con sus maldiciones á la mano que hiere, sino á quien inspira el crimen. Ahora bien, las pasiones religiosas, exaltadas hasta el frenesí, son las únicas que han hecho posible el crimen; el culpable, pues, no es la Francia, es el catolicismo. Los defensores de la Iglesia protestan enérgicamente contra esta acusación. Según ellos, «*la religión es completamente ajena á las matanzas; no ha intervenido en ellas ni como motivo, ni como consejo, ni como agente*» (2). Los hechos prueban precisamente lo contrario de estas alegaciones. Cuando decimos que el catolicismo es responsable del crimen más espantoso que mancha los anales modernos, no tratamos de acusar la enseñanza de Cristo, sino la doctrina de dominación y de orgullo que los obispos de Roma han levantado sobre el fundamento de algunas frases del Evangelio. Decid á un hombre que es el representante de Dios sobre la tierra; decid á una Iglesia que ella sola posee la verdad revelada por Dios, y daréis á este hombre y á esta Iglesia la ambición legítima, á la vez que monstruosa, de doblegar todas las inteligencias bajo sus leyes; puesto que estas leyes son las de Dios, el que quiere sustraerse á ellas, es un enemigo de Dios; ahora bien, si la sociedad puede castigar á los que desprecian las leyes humanas, ¿qué no le será lícito contra los que violan las leyes divinas?

Hé aquí las máximas que extraviaron á los católicos de Francia en el siglo XVI. Las últimas frases que resonaron en los oídos de Carlos IX, antes de pronunciar la orden fatal de la matanza, fueron lugares comunes de teología: «*No vale más, dice Catalina de Médicis á su hijo, desgarrar estos miembros podridos, que el seno de la Iglesia, esposa de Nuestro Señor? Acabó con un rasgo tomado de los sermones del obispo de Bitonte, que la compasión sería una crueldad, al paso que la crueldad sería misericordia.*»

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. LIII.

(2) Disertación del abad de Caveyrac sobre la noche de San Bartolomé (*Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 475).

dia» (1). En vano es decir que no hay relacion alguna entre esta doctrina teológica y el pensamiento de la horrible matanza que ensangrentó á París y á las provincias. Nosotros contestamos, con la historia en la mano, que la matanza fué predicada allí donde no deberian oirse más que palabras de caridad. El sentido moral estaba de tal modo pervertido entre los católicos, que la muerte y el asesinato mismo eran considerados como una obra de caridad. Ya en el año de 1554, mucho tiempo ántes del principio de las guerras civiles, el dean de Saint-Germain provocó al rey al exterminio de los protestantes, aconsejándole que emplease la astucia y la perfidia: «El rey, dice aquel digno ministro de Dios, debería fingirse por algun tiempo luterano entre ellos, á fin de que, teniendo de esta manera ocasion de reunirse libremente en todas partes, se pudiera caer luégo sobre todos y limpiar de una vez el reino» (2). Otros predicadores, como hemos dicho, encontrando al rey demasiado frio, apelaban á una matanza popular: un mínimo predicaba dos veces al dia «con gran facilidad de expresion é inteligencia, y animaba al pueblo á que tomase las armas» (3). En los primeros meses del año funesto de la noche de San Bartolomé, un obispo decia improprios del rey porque no mandaba matar á los hugonotes; excitó públicamente al duque de Anjou á emprender *la obra* por sí mismo, «no sin darle alguna esperanza de la primogenitura, como Jacob la habia tenido sobre su hermano Esaú» (4). Sabido es que el duque de Anjou desempeñó un papel criminal en la conjuracion que precedió á la jornada del 24 de Agosto. Los protestantes no han calumniado, pues, á los católicos imputándoles la idea de una matanza general de los hugonotes (5).

(1) D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, t. II, p. 16.—En el concilio de Trento se opuso esta misma máxima, con aplauso de los Padres, á los que pedian que se hiciesen concesiones á los protestantes y que se los tratase con dulzura: *crudelis sane hæc esset misericordia*, dice un teólogo español. (RAYNALDI *Annales*, ad a., 1563, núm. 96.)

(2) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Rose*.

(3) *Cartas de PASQUIER*, IV, 12, 13.

(4) LABITTE, *Democracia de la Liga*, p. 8.

(5) LANGUET escribió en 1568 que la muerte de 2 ó 300.000 hugonotes no asustaba á los católicos; en ménos de treinta años, decian, volverán á nacer más. LANGUET añade: «*Cohorrescebam ad tales voces*» (*Epist. Secr. I*, 72).

La historia ha agravado el crimen de la noche de San Bartolomé, suponiendo que fué detenidamente premeditado por el desgraciado rey que dió la orden de la matanza; pero, cosa notable, los apologistas del crimen son los que han inventado esa pérfida premeditacion para ensalzar á los culpables. De todos modos, si la orden dada por Carlos IX fué el resultado de una cólera repentina excitada por odiosas provocaciones, es positivo que los jefes del partido católico acariciaban hacía tiempo el pensamiento de la matanza, y á juzgar por el lenguaje de los predicadores, sería preciso decir que éste era el sentimiento general de las masas. Ya en el año 1560 los Guisa habian concebido un plan para la destruccion de los hugonotes; debia presentarse una fórmula de confesion á los habitantes de cada parroquia, y despues condenar á muerte ó á destierro á los que se negasen á firmarla (1). Dos años despues vuelve á encontrarse el proyecto de una matanza general en una acta atribuida al famoso triunvirato: en ella se confia al duque de Guisa la comision de extirpar á los hugonotes (2). El elogio de la premeditacion, atribuido á los autores de la matanza por los admiradores de la noche de San Bartolomé, no es, pues, tan inmerecido como se cree. Si el rey no es culpable de esta perfidia, lo son tanto más los que le inspiraron. Poco importa que las circunstancias en que tuvo lugar la matanza no hayan sido resultado de un cálculo satánico: el pensamiento de la matanza preexistia, esto basta para oprobio de los matadores.

Cuando vemos sacerdotes, frailes, obispos que predicán una matanza general ántes de la noche de San Bartolomé, ¿se dirá todavía que el catolicismo fué ajeno á aquella *carnicería*? No pudiendo salvar á los católicos de Francia del crimen de complicidad, los defensores de la Iglesia tratan de salvar cuando ménos al Pontificado. Es positivo que la noticia de la matanza fué acogida en Roma con gritos de júbilo y celebrada como una victoria del catolicismo sobre la herejía; pero este testimonio abrumador

(1) MARTIN, *Historia de Francia*, t. IX, p. 53 y sig. dice que la autenticidad del plan, en cuanto al fondo, no es dudosa.

(2) *Memorias de CONDÉ*, t. III, p. 212.—CAPEFIGUE (*Historia de la Reforma*, t. II, p. 244) dice que él ha visto el acta original.

desaparece bajo la pluma de los escritores católicos, y se convierte en una manifestación inocente, legítima: «¿De qué se felicitó la corte de Roma? dice *Mr. de Falloux* (1). De un triunfo repentino, inesperado de los católicos sobre los protestantes; triunfo que en ninguna parte fué presentado en los primeros momentos bajo sus verdaderos colores y con el carácter de la perfidia y de la matanza, sino como el resultado de una conflagración encendida inopinadamente á consecuencia del atentado de los Guisa contra el almirante Coligny, ó como la represión de una tentativa de los hugonotes contra la persona del rey.» Comparemos esta defensa con los testimonios contemporáneos; los hechos fallarán en tan grave asunto.

La fábula de una conspiración de los hugonotes fué inventada *à posteriori* por los autores de la matanza para ocultar su crimen á los ojos de aquellos á quienes no querían confiar su secreto. ¿Era el Papa de este número? ¿Ignoraba los proyectos de los católicos de Francia? ¿Se ha creído ni por un momento en Roma en la realidad de la trama contra la vida del rey? No conocemos los secretos de los archivos del Vaticano, y se tiene buen cuidado de no darles publicidad; pero los testimonios de los contemporáneos nos autorizan para creer que eran conocidos en Roma los proyectos de los matadores (2), y que se deseaba el exterminio de los hugonotes. El embajador de Francia en Viena afirmó al emperador, «que no faltaban personas en Roma que deseaban hacía tiempo que con cualquier pretexto se hiciese morir á todos los de la nueva religión á CUALQUIER PRECIO». El emperador por su parte aseguró que se le había escrito de Roma con motivo de las bodas del rey de Navarra en estos mismos términos: «QUE EN AQUELLA HORA EN QUE TODOS LOS PÁJAROS ESTABAN EN EL NIDO SE LOS PODÍA COGER Á TODOS, Y QUE HABÍA PERSONAS QUE LO DESEABAN.» El emperador refirió también al embajador que se le decía desde Roma «que el cardenal de Lorena había dicho que todo quedaba deliberado antes de su salida de Francia» (3). Estos hechos destruyen

(1) *Le Correspondant*, t. IV, p. 145.

(2) Esta es también la opinión de RANKE, *Die römischen Päpste*, t. II, p. 67.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, Apéndice, p. 13.

el sistema de defensa de los católicos; si en Roma era deseada hacía tiempo la matanza, si se esperaba que la hubiera, no se podía dar crédito á la conjuración de los hugonotes. Que este cuento haya circulado en Roma, nada importa. Si ha circulado no habrá encontrado muchos crédulos en la corte pontificia, porque el Papa estaba informado por el agente que tenía en París; su nuncio le envió una relación exacta de lo que había pasado. Hé aquí otro testimonio contra el jefe de la Iglesia, tan decisivo que sus defensores han negado el hecho (1); ¿qué no negarán en defensa de su causa? Pero la relación existe y no dice una palabra de conjuración; describe la matanza, y felicita al Santo Padre como por un acontecimiento feliz para su nuevo reinado (2). Si el Papa conocía los detalles de la matanza, las fiestas celebradas en Roma después de la noche de San Bartolomé adquieren una importancia inmensa. Aparte de esto, ya por sí mismas, y abstracción hecha de cuanto acabamos de decir, son un testimonio que pesa sobre el Pontificado y sobre la Iglesia.

Si se hubiera recibido en Roma la falsa noticia de una conspiración tramada por los hugonotes contra la vida del rey, comprendemos que el triunfo de los católicos mereciera ser celebrado; pero ¿daba gracias á Dios el Papa por la conspiración fracasada ó por la salvación de Carlos IX? Los contemporáneos nos dicen que se hizo en Roma «todo lo que se acostumbra cuando se han recibido noticias de la mayor victoria que la Iglesia puede alcanzar sobre sus enemigos». Se dispuso «que el Papa iría con los cardenales á la Iglesia de San Marcos para dar gracias solemnes á Dios por aquel beneficio que había concedido á LA SEDE DE ROMA Y Á TODA LA CRISTIANDAD; además, que el lunes siguiente y con el mismo motivo se celebraría una misa solemne en la iglesia de la Minerva, á la que asistirían el Papa y los cardenales, y que después SE PUBLICARÍA EL JUBILEO EN TODA LA CRISTIANDAD. Por la tarde, en señal de gran júbilo y regocijo, se dispararon mu-

(1) El abate ROHRBACHER dice que el Papa no conocía los acontecimientos de París más que por las relaciones oficiales (*Historia de la Iglesia*, t. XXIV, página 564).

(2) SOLDAN, *La Francia y la noche de San Bartolomé*. (RAUMER, *Historisches Taschenbuch*, 1854, p. 192-195).

chos cañonazos en el castillo de Sant-Angelo» (1). Estas acciones de gracias, estas demostraciones de alegría son una mancha tan negra como las matanzas que estaban destinadas á celebrar. Se grabó una medalla para perpetuar el recuerdo de tan gloriosa jornada; por un lado lleva el busto de Gregorio XIV, y por el otro el ángel exterminador inmolando hugonotes, con la inscripción: MATANZA DE LOS HUGONOTES (2). Todas las artes fueron puestas á contribucion para inmortalizar el triunfo de la Iglesia. El Papa hizo pintar por Vasari y exponer en el Vaticano, «en lugar muy visible y honorífico», un cuadro que representaba la matanza; este cuadro existe aún en la galería del Vaticano; en él se lee esta inscripción: *el Papa aprueba la muerte de Coligny* (3). Por último, el cardenal de Lorena hizo fijar en las puertas de la iglesia de San Luis una inscripción que decía: «*A Dios muy bueno y muy grande, al muy feliz padre Gregorio, Papa XIII de este nombre....., Carlos IX, rey cristianísimo de Francia, inflamado de celo por el Señor, Dios de los ejércitos, como un ángel perseguidor enviado divinamente....., habiendo EN CIERTA OCASION exterminado á casi todos los herejes de su reino y sus enemigos, para perpetuo recuerdo de tan gran beneficio... LLEVADO Á CABO POR LA GRACIA DE DIOS; y previendo que esta felicidad denota y significa seguramente el restablecimiento de los asuntos eclesiásticos y un vigor y florecimiento en la religion que iba decayendo y estaba como marchita, por tan gran beneficio da muchísimas gracias á Dios muy bueno y muy grande, aquí en la iglesia de San Luis, su predecesor*» (4).

Como se ve, en estos testimonios oficiales no hay ni una palabra que se refiera á una conjuración de los hugonotes, ni una palabra en que se felicite al rey por haber escapado del puñal de los asesinos; las fiestas y las acciones de gracias, las medallas y las inscripciones ensalzan la victoria del catolicismo sobre la herejía. Ahora bien, se sabía que aquella victoria era el fruto de un

(1) *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 358.

(2) HUGONOTORUM STRAGES. Se encuentra una copia de la medalla en DE POTTER, *Cartas de Pío V*, p. XXII.

(3) *Pontifex Colignii necem probat.* (MARTIN, *Historia de Francia*, t. IX, página 343).

(4) *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 360.

espantoso asesinato; porque sostener que el duque de Lorena, hermano de los matadores, ignoraba los detalles de aquella espantosa tragedia, es cerrar de intento los ojos á la luz del sol para negarlo. Los hechos que siguieron á las fiestas romanas están en completa armonía con el sentimiento que las inspiró. El Papa envió un legado á Francia para felicitar al rey: ¿de qué le felicitó? Cuando el representante de la corte de Roma llegó á Francia, deploraban los sucesos de la noche de San Bartolomé los mismos que los habían aconsejado; no porque les remordiese la conciencia, sino porque el crimen resultó inútil; como trataban de olvidarlo, recomendaron gran reserva al enviado pontificio. Pero es difícil contenerse cuando el corazón está rebosando; el legado no cesaba de elogiar en todas ocasiones *la grandeza de alma del rey*: «LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ, decía, SERÁ LA MATERIA DE LOS ELOGIOS DE TODOS LOS SIGLOS» (1). Cuando el legado pronunció estas horribles palabras, ya se sabía la verdad respecto de la pretendida conjuración de los hugonotes; se sabía que aquella noche no hubo más que una matanza espantosa; de suerte que el embajador del Papa ensalzó la matanza como la más gloriosa de las acciones. Hay más; á las matanzas de París siguieron matanzas en provincias. Nunca se ha echado en cara, que sepamos, á los hugonotes de Lyon el haber conspirado contra la vida de Carlos IX; nunca se ha puesto en duda que la matanza de los hugonotes en Lyon y en otras partes haya sido una verdadera carnicería. Y ¿qué hizo el legado? Habiéndole presentado á los matadores, EL PRÍNCIPE DE LA IGLESIA LOS FELICITÓ Y LES DIÓ SU BENDICION (2).

## II.

Exceptuando algunos locos furiosos, los católicos reprueban y condenan hoy la noche de San Bartolomé; no advierten que la humanidad que los inspira los pone en contradicción con la opi-

(1) DE THOU, *Historia universal*, lib. LIV.—D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, t. II, p. 71.

(2) *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 341.

nion católica del siglo XVI. En vano se ha tratado de dar interpretación á los festejos que tuvieron lugar en Roma para celebrar la matanza; esta justificación, aún cuando fuese admisible, sería insuficiente. Si los sentimientos del mundo católico en el siglo XVI hubiesen sido realmente tales como se los supone, una voz salida de la Iglesia hubiera condenado á los matadores. La fábula de la conspiración, ó de una conmoción popular, ó cualquiera otra mentira, podía engañar por un momento, pero la verdad se descubrió bien pronto. Admitamos que el engaño haya sido creído como verdad en los primeros momentos de la alegría que produjo en Roma la matanza de los hugonotes; cuando después se conoció la verdad, ¿no hubiera debido irritarse la conciencia cristiana contra una atrocidad agravada todavía con acusaciones calumniosas contra las víctimas? Pues bien. Cítesenos una protesta nacida en Roma contra la matanza. Existe una obra escrita en Roma acerca de la noche de San Bartolomé, pero esta obra la aplaude; se titula: *Estratagema ó astucia de Carlos IX contra los hugonotes rebeldes á Dios y á él* (1). El autor vivía en la corte del Papa; es el órgano de la opinión católica, como él mismo lo dice; escribe apoyándose en el testimonio de personas graves y dignas de ser creídas. ¿Qué idea da de las matanzas? Las presenta como el efecto de una larga premeditación, de una santa astucia. Léjos de reprobar ni aún lo más mínimo en la noche de San Bartolomé, lo encuentra todo admirable, ve en todo la mano de Dios. Es menester citarlo para que el lector lo crea, y también para que sepa cuál era la moralidad romana en una época en que la reacción católica estaba en todo su fervor.

«Me parece, dice el apologista de la noche de San Bartolomé, que la grandeza de este hecho merece que no pasemos sin considerarlo de cerca y sin apreciar con diligencia la virtud del rey y de la reina madre y de sus consejeros, por haber tomado una resolución tan noble y tan generosa; y á la vez, la destreza en manejarla, el artificio y talento para disimularla; la prudencia y discreción en callar y conservar el secreto, y finalmente, el arrojo y valor

(1) Citamos la traducción que se halla en los *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 403.

al ejecutarlo, y la gran fortuna del éxito. Si se consideran con cuidado todas estas cosas, no solamente son dignas de gloria eterna, sino que no se puede negar que han sido escogidos por el soberano redentor para ministros y ejecutores de su eterna voluntad; y también es preciso confesar que aquel acto tan maravilloso ha sido premeditado, urdido y tratado muchos meses antes y no acaecido por casualidad, como algunos dicen; cuya opinión es evidentemente falsa en vista de tantas señales seguras como se tienen de la intención del rey y de la reina, intención que han manifestado hace tiempo á diversas personas.»

¡Admiremos la moralidad católica! El crimen más atroz que registra la Historia, ha sido cometido en honor de Dios; desde este momento el crimen se convierte en virtud, la infamia en gloria! Pero la matanza en su horrible sencillez no satisface al genio romano; necesita la astucia, la perfidia, la emboscada. Y luego se extasia con tanta grandeza; encuentra que es superior á la debilidad humana, y la atribuye á Dios: los matadores han sido escogidos por él para realizar sus designios. ¡Dios autor de la noche de San Bartolomé! ¿Puede ir más lejos el sacrilegio? Este es, sin embargo, el pensamiento dominante de la apología que analizamos: «Si se considera la felicidad y la fortuna de que un asunto de tan grande importancia haya llegado á buen término en tan breve tiempo, se llega otra vez á la consecuencia necesaria de que TODO ELLO HA SIDO OBRA Y VOLUNTAD DE DIOS, EL CUAL, MOVIDO DE PIEDAD Y COMPASION, HA QUERIDO VISITAR Á SU PUEBLO.» Carlos IX hace por medio de la astucia lo que no se había podido hacer por medio de la fuerza, «CONDUCIDO Y GOBERNADO, COMO PUEDE SUPONERSE, POR LA MANO DE DIOS.» Tres mil hugonotes perecen sin que se derrame una sola gota de sangre católica, «CO-SA QUE NO SE PUEDE ATRIBUIR MÁS QUE Á LA MANO PODEROSA DE DIOS Y Á UN MILAGRO SINGULAR.» Hasta el orden con que se hicieron las matanzas «DEBE ATRIBUIRSE Á LA VOLUNTAD DE DIOS.»

Tal es la opinión de un escritor que pertenece á la corte de Roma, acerca de una matanza que aún hoy espanta á la posteridad al cabo de tres siglos! Es difícil llevar más lejos la aberración moral. Pero ese admirador de la noche de San Bartolomé, se dirá,

era un oscuro fanático: ¿por qué hacer responsable á la Iglesia de las alucinaciones de un loco? *Capilupi* era, como él mismo dice, órgano de la opinión católica. Por más que consultamos los testimonios contemporáneos, no encontramos una palabra de reprobación salida de Roma; siempre y en todas partes escuchamos gritos de alegría. Un hombre célebre por su talento de orador, *Muret*, en un discurso dirigido al Papa Gregorio, glorifica la noche de San Bartolomé como una noche feliz entre todas; el retórico quiere que las estrellas hayan brillado con más vivo resplandor en aquella noche funesta, y que las aguas del Sena hayan corrido con más abundancia, á fin de llevar más de prisa al mar los cadáveres de los hombres impuros, que fueron arrojados á él por los vencedores (1). El cardenal Santorio, que estuvo á punto de ser Papa, en la elección de Clemente VIII, celebra la jornada de San Bartolomé como más cara á los católicos que otra cualquiera (2). El cardenal de Lorena, cuya familia desempeñó tan triste papel en las matanzas, escribió de Roma á Carlos IX, para darle las gracias por haberle confirmado las noticias de las «CRISTIANÍSIMAS y heroicas deliberaciones y EJECUCIONES llevadas á cabo no solamente en París, sino en todas las principales ciudades de Francia.» «Señor, exclama en una efusión de alegría, es todo lo mejor que yo me hubiera atrevido á desear y esperar» (3). El mismo cardenal escribe á Granvelle los detalles de la jornada, que, decía, *debían llenarle de admiración* (4); «tiene una gran satisfacción de que los de su casa, por la singular clemencia de Dios, hayan sido los ejecutores de un hecho tan grande y tan memorable» (5). Si los príncipes de la Iglesia consideraban como una gracia divina la admirable matanza de París, no debemos extrañar que Felipe II, el defensor del catolicismo, haya envidiado á Carlos IX este golpe maestro. Lo que principalmente excitaba la

(1) MURETI ORAT. XXII, *pro Carolo IX, ad Gregorium XIII* (Op., t. I, página 177).

(2) «*Quel celebre giorno di S. Bartolommeo, lietissimo a' cattolici.*» (RANKE, *die römischen Päpste*, t. II, p. 225, nota.)

(3) CHAMPOLLION, en las notas de L'ESTOILE, p. 25, *Extracto de los manuscritos de la Biblioteca.*

(4) GROEN VAN PRINSTEREE, *Archivos de la casa de Orange*, t. IV, p. 265.

(5) *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 361.

admiración del rey inquisidor era el *largo disimulo de tan gran empresa* (1). Se apresuró á felicitar á Catalina de Médicis por *aquel gran servicio hecho á la gloria y honor de Dios y al bien universal de la cristiandad* (2).

Hé aquí lo que sucedía en el extranjero. En París los matadores se sintieron animados á la matanza por un milagro: no hay necesidad de decir quien lo fabricó. Escuchemos una narración contemporánea: «A cosa del mediodía se vió un espino en flor en el cementerio de San Inocente. En cuanto la noticia se divulgó por la ciudad, el pueblo acudió de todas partes, gritando: ¡Milagro! ¡milagro! y las campanas repicaron de alegría. Hubo necesidad para contener á la multitud, y por temor de que el milagro fuese descubierto y envilecido, porque algunos creían que había habido algun artificio de algun fraile, de poner guardias al rededor del espino para impedir que el pueblo se acercase demasiado. *El pueblo se retiró contento y satisfecho de haber visto el espino, PENSANDO EN QUE DIOS APROBABA TODAS SUS ACCIONES POR MEDIO DE AQUEL SIGNO*» (3). De suerte que Dios aprueba las matanzas, y trastorna las leyes de la naturaleza para estimular á ellas! ¿Se quiere más impiedad? Pues se celebra el aniversario de la noche de San Bartolomé con fiestas religiosas, en París mismo, donde no era posible ignorar los espantosos detalles de las matanzas (4).

Por lo demas, ni una palabra de reprobación; ¿que digo? llueven libros católicos para exaltar *la gran victoria, el maravilloso triunfo contra los herejes malditos de Dios* (5). Un teólogo sostu-

(1) Carta del embajador de Francia en Madrid al rey (GROEN VAN PRINSTEREE, *Suplemento*, p. 125).

(2) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. III, p. 252.

(3) *Archivos curiosos*, primera serie, t. VII, p. 155.—CAPILUPI aprovecha tambien este milagro en apoyo de su opinion de que la noche de San Bartolomé es obra de Dios (*Id.*, p. 470).

(4) Carta de Guill. Cecil á lord Burghley, 1583 (WRIGHT, *Elizabeth*, t. II, p. 208): «*Upon S. Bartolomeus Day, we had here solempn processions, and other tokens of triumph and joy, in remembrance of the slaughter committed this time eleven years past. But i doubt they will not so triumph at the day of judgment.*»

(5) CAPEFIGUE, *Historia de la Reforma*, t. III, p. 239, dice que se publicaron más de trescientos libros para celebrar la noche de San Bartolomé.

vo que la noche de San Bartolomé estaba autorizada por la doctrina de San Agustín, el más ilustre de los padres latinos (1). La Iglesia tiene un medio de acción más directo y más poderoso que la prensa, la palabra en la cátedra de la verdad: obispos hubo que hicieron en ella la apoteosis de los matadores. «*Cárlos IX, exclamó uno de ellos, SERÁ INMORTAL EN LOS CIELOS, será inmortal en los labios de los hombres, por haber expuesto su vida, su dignidad real á tantos peligros EN FAVOR DE LA RELIGION y del pueblo.... CON UN SOLO ACTO HA RESTAURADO EL TEMPLO, LA CRUZ, HA VUELTO Á COLOCAR EN LOS ALTARES LAS SANTAS IMÁGENES. LA LEY DE CRISTO HA SIDO RESTABLECIDA EN EL REINO CRISTIANÍSIMO*» (2). Ni un remordimiento por la sangre derramada: lejos de esto, los celosos, los fanáticos no tuvieron más que un sentimiento: que se tuvo demasiada humanidad. Oigamos á Luis de Orleans: «No podemos ménos de reconocer la *cruel clemencia y la inhumana misericordia del día de San Bartolomé*, porque en aquel día sufrió la crisis nuestra enfermedad, y habiendo sido ordenada una sangría muy saludable y provechosa á todo el cuerpo, *se sacó ménos sangre de la que se necesitaba para la salud de todos los miembros....* Siendo el hereje un miembro podrido y gangrenado que pierde á los miembros próximos, se debe cortar con martillos y tijeras, sin perdonar á parientes ni amigos, príncipes ni súbditos; *porque para esto ha puesto Dios la espada en manos del rey, como el bisturí en manos del cirujano*» (3). Un jesuita expresó los mismos sentimientos. Entre los papeles del reverendo padre Guignard se hallaron escritas por su mano estas horribles palabras: «*La única falta que se cometió en la matanza de los hugonotes fué que no se sacó bastante sangre, y que SE DEJÓ CIERTA SANGRE REAL QUE EMPEORÓ DESPUES LA ENFERMEDAD*» (4).

Queda una última excusa á los defensores de la Iglesia; no es ella quien ha ordenado la carnicería, no es ella quien ha man-

(1) *Epístola de San Agustín á Vicente*, muy conveniente para los tiempos presentes, tanto para contener y volver á llevar á los herejes á la unidad de la Iglesia, como para contener en ella á los que no han salido. París, 1573.

(2) LABITTE, *La democracia de la Liga*, p. 7-10.

(3) *Archivos curiosos*, primera serie, t. XI, p. 125 y sig.

(4) DE THOU, *Hist.*, lib. CXII.

dato á los matadores. ¡Ah! ni aún esta triste excusa tiene fundamento. En París, las pasiones, sobreexcitadas por predicaciones furibundas, no tenían necesidad de ser impulsadas á la matanza por la intervención directa del clero: cuando los hombres de la Iglesia han encendido el fuego de la hoguera, los santos personajes acostumbran retirarse para cubrirse con la capa de una hipócrita caridad. Se contentaron con fabricar un milagro para asegurar á los matadores el apoyo y la protección del cielo. En las provincias había ménos furor; las órdenes sanguinarias emanadas de la corte encontraron en ellas resistencia, pero ¿fué acaso en el clero? Magistrados laicos tuvieron el valor de desobedecer al rey. Los frailes fueron los que predicaron la matanza y movieron el brazo de las autoridades civiles (1).

Hé aquí la verdad acerca del papel de la Iglesia en el espantoso drama del 24 de Agosto de 1572. No hay más que una excusa que pueda darse en pro de los matadores y de sus cómplices, que no tenían conciencia de la enormidad de su crimen; lejos de ello, se creían los órganos de la venganza y hasta de la misericordia de Dios. Pero la excusa de los hombres es la condenación de la Iglesia. ¿Quién pervirtió el sentido moral hasta el punto de que se considere la muerte como una obra santa, cuando se comete por la causa de Dios? La orgullosa superstición de la Iglesia católica, que proclama que es una con Dios; que es la depositaria de la verdad revelada, que fuera de su seno no hay salvación; que los que se resisten á ella se resisten á Dios y son más culpables que los asesinos y los falsificadores; que el deber de los príncipes es exterminar á los herejes; que la crueldad respecto de ellos es cle-

(1) D'AUBIGNÉ, *Historia universal*, t. II, p. 27: «En Burdeos el gobernador, y con él el procurador general y primer jurado, Mulet, hicieron lo que pudieron para dar con su tardanza ocasión para que se retirasen los que quisieran; pero los jesuitas, y sobre todos Edmundo Auger, predicaron que el gobernador no se atrevía á desenvainar la espada; que el Mulet (a) era una bestia bastarda que no había estado en el Arca, como tampoco el procurador general en la Iglesia: que el Ángel de Dios había hecho maravillas en París, en Orleans y en otras partes; es menester que este Ángel de Dios ejecute á los herejes de Burdeos, porque si no ejecutará á Burdeos mismo.»

(a) La palabra *mulet* significa en francés mulo, y se presta, por consiguiente, á un juego de palabras que no puede traducirse al castellano. (N. del T.)